§. 612.

La pronunciacion, finalmente, debe ser oportuna y natural. Todos los diversos estados del juicio, todos los afectos del alma tienen su tono especial: la intencion con que decimos las cosas, la duda, el convencimiento profundo, la afirmacion, la alegría, la tristeza, el temor, etc., comunican á la voz humana cierta entonacion particular que en el fondo es la misma en todos los idiomas, porque es un eco fiel de la naturaleza; la armonía imitativa. que nace de la estructura material del lenguaje, queda realzada por medio de la pronunciacion oportuna, generalmente denominada acento oratorio. Pero el arte debe corregir los extravios y exageracion de la naturaleza; los gritos discordantes que arranca de un pecho rudo el furor de las pasiones serian altamente impropios del orador. Mas se peca generalmente por apartarse de lo que dicta la naturaleza, equivocando la afectacion ridicula con el verdadero arte; y esto es sin duda lo que ha dado márgen al precepto demasiado absoluto, aceptado sin la prudente reserva en los tratados de retórica, de imitar la naturaleza, dejándose llevar á ciegas de la pasion.

Eadem verba, mutata pronuntiatione, indicant, affirmant, exprobant, negant, mirantur, indignantur, interrogant, irrident, elevant. (Quint., x1, 3.)

Jam enim tempus est dicendi, quæ sit apta pronuntiatio; quæ certe ea est, quæ iis, de quibus dicimus accommodatur: quod quidem maxima exparte præstant ipsi motus animorum, sonatque vox, ut feritur; sed quum sint alii veri affectus, alii ficti et imitati, veri naturaliter erumpunt, ut dolentium, irascentium, indignantium; sed carent arte; ideoque sunt disciplina et ratione formandi. Contra qui effinguntur imitatione, artem habent; sed hi carent natura; ideoque in iis primum est bene affici, et concipere imagines rerum, et tanquam veris moveri: sic velut media vox, quem habitum à nostris acceperit, hunc judicum animis dabit: est enim mentis index, ac totidem, quot illa, mutationes habet. (Quint., eod loc.)

§. 613.

En la accion ó gesto hay que considerar la actitud y movimiento del cuerpo, y principalmente el de la cabeza, los brazos y las manos, y además, la expresion del semblante, cuya principal fuerza está en los ojos. La accion, complemento de la voz, aumenta y realza la fuerza de la expresion. Basta ella sola para comunicar los afectos mas íntimos y delicados, como lo demuestran la mímica y la pintura; ella descubre y hace visibles, con tanta energía como las inflexiones de la voz, los mas imperceptibles y misteriosos fenómenos del alma, y expresa muchas veces lo que en vano intentariamos expresar por medio de la palabra. La accion debe guardar consonancia con la voz, y por consiguiente, con las ideas y afectos. Debe ser moderada, permitiéndose solamente alguna viveza en los pasajes animados y vehementes, pero nunca hasta el punto de entregarse á movimientos y gestos violentos y descompuestos. En una palábra, en la accion, como en la voz, deben hermanarse el arte y la naturaleza.

Quintiliano (x1, 3) trata deesta materia con extension y sumo acierto. Aunque en algunos puntos sigue á Ciceron, pocos pasajes de las *Instituciones* abundan tanto como este en observaciones delicadísimas y profundas.

CAPITULO III.

DE LOS DIVERSOS GÉNEROS DE ORATORIA.

§. 614.

La elocuencia, como observa Ciceron, es una. Propiamente hablando, no consta de géneros; mas, como el discurso oratorio se aplica á tan diversos asuntos, y cambia su carácter segun las circunstancias del auditorio, las de tiempo, localidad, etc., de aquí los diversos géneros de oratoria ó de elocuencia, que no son mas que la recta aplicacion de las reglas generales á determinados casos particulares.

Una est enim, quod ego hesterna die dixi, et aliquot locis antemeridiano

sermone significavit Antonius, eloquentia, quascumque in oras disputationis regionesve delata est. Nam sive de cœli natura loquitur, sive de terræ, sive de divina vi, sive de humana, sive ex inferiore loco, sive ex æquo, sive ex superiore, sive ut impellat homines, sive ut doceat, sive ut deterreat, sive ut concitet, sive ut reflectat, sive ut incendat, sive ut leniat, sive ad paucos, sive ad multos, sive inter alienos, sive cum suis, sive secum, rivis est diducta oratio, non fontibus; et quocumque ingreditur, eodem est instructu ornatuque comitata. (DE ORAT., III, 6.) Natura nulla est, ut mihi videtur, quæ non habeat in suo genere res complures dissimiles inter se, quæ tamen consimili laude dignentur. (Edd., 7.)

§. 615.

Los antiguos dividian las causas (cuestiones finitas) en tres géneros: demostrativo, deliberativo y judicial, El objeto del demostrativo era la alabanza ó la vituperacion; comprendia el panegírico, las acusaciones de crímenes contra el Estado, las felicitaciones, la oracion fúnebre, etc. El deliberativo, cuyo objeto era aconsejar ó disuadir, se empleaba en las discusiones ante el Senado ó ante la Asamblea popular. La litigacion de los intereses privados, la acusacion y la defensa, constituian el objeto del género judicial. Observa Aristóteles que el género demostrativo trataba principalmente de lo presente, el judicial de lo pasado, y el deliberativo de lo porvenir.

El defecto que por algunos retóricos modernos se ha imputado á esta division puede atribuirse, con mas fundamento, á las posteriormente admitidas. Pocos discursos, es cierto, pueden referirse exclusivamente á un género determinado; mas no por esto dejan de estar perfectamente deslindados el fin y la materia de cada uno de dichos géneros. Fúndase esta division en la naturaleza misma de los principales objetos del pensamiento: la materia del género demostrativo es lo bello ó lo feo; la del deliberativo, lo util ó lo pernicioso; la del judicial, lo justo ó lo injusto, ó mas bien, lo verdadero y lo falso, puesto que solamente se trata de la aplicacion del derecho constituido. (Cic., Ad Heren., 1, 2; y Quint., 111, 4.)

S. 616.

Sin negar à la division de Aristóteles el mérito que efectivamente posee, y conformándonos con la doctrina mas admitida por los retóricos modernos, dividiremos la oratoria en sagrada, política y forense. La sagrada, inculcando en los ánimos las sacrosantas verdades de la fe y de la religion, se propone guiar al hombre por el recto sendero de la virtud. La política tiene por objeto la formacion de las leyes, y se dirige á realizar lo útil y lo bueno en la sociedad civil. La forense trata de la aplicacion de la ley á un caso dado.

Estos géneros de oratoria se modifican y confunden; concretándonos á la oratoria política, toma unas veces un carácter didáctico, y otras se convierte casi en forense; lo propio sucede con los demás géneros.

Empleamos la voz oratoria, y no la voz elocuencia, por ser la primera mas exacta, como fácilmente se reconocerá, recordando las definiciones y observaciones dadas en su lugar correspondiente. A estos tres géneros añaden algunos la elocuencia académica, la militar, el panegirico; y otros la filosófica, la epistolar, la de la conversacion; á este paso, podria aumentarse indefinidamente el catálogo. Del panegírico se hablará en la Oratoria Sagrada. En cuanto á la académica, los discursos mas importantes que generalmente se comprenden en este género son los elogios: las reglas de estos discursos son las mismas que daremos al tratar de la biografía y del panegírico. Las memorias leidas en las academias y las explicaciones de cátedra, que pueden referirse tambien á la oratoria académica, están sujetas á las condiciones de las obras didácticas, modificadas por las exigencias de la oratoria en general.

I. - ORATORIA SAGRADA.

§. 617.

La oratoria sagrada lleva á los pueblos salvajes las primeras semillas de la civilizacion, y en este caso tiene un carácter rudo y eminentemente popular; tal es la elocuencia de los misioneros. Otras veces, en la sencilla aldea, habla á un pueblo ignorante, pero dulcificado por los mas puros sentimientos religiosos, y en cuya oscura conciencia brilla con hermosos resplandores la divina luz de la fe. Otras veces, en las ciudades populosas, ante un auditorio formado de los hombres mas ilustrados y virtuosos, al par que de los mas incrédulos y corrompidos, pinta los desastrosos efectos de las pasiones, la vanidad de la falsa ciencia, la nada de este mundo; levanta el espíritu hasta las celestes moradas de lo

infinito; sostiene al desgraciado con la esperanza del eterno premio, y aterra al criminal soberbio con la seguridad de tremendas y perdurables penas. En los dos primeros casos basta la elocuencia natural, la elocuencia enérgica y poderosa que infunden la firmeza de la fe y el ardiente fuego de la caridad; en el último es indispensable además la ciencia, es indispensable el arte.

Por lo tanto, fijaremos principalmente nuestra atencion en la oratoria sagrada de los pueblos cultos, en los discursos verdaderamente artísticos, que reciben el nombre general de sermones, y los nombres especiales de panegírico, cuando se pronuncian en elogio de algun santo, ó de oracion fúnebre, cuando se dedican á celebrar las virtudes de algun ilustre personaje que dejó de existir. La instruccion dirigida al pueblo en forma didáctica y sencilla se llama plática.

§. 618.

La oratoria sagrada es la mas poética, la mas sublime; su objeto principal es Dios, fuente de toda verdad y de toda belleza; habla de las maravillas de la creacion y de las grandezas y miserias del alma humana; y se dirige principalmente al sentimiento, impresionando enérgicamente la fantasía. Aunque la razon, apovada en la fe, debe constituir su fundamento, no disputa, porque habla en el nombre del cielo, y se dirige á un pueblo de creventes; enuncia sencillamente las verdades de la religion, dejando para las obras de controversia y las cátedras de teología las cuestiones árduas, que en el púlpito, además de ininteligibles, serian en extremo enojosas. El discurso sagrado debe, por consiguiente, ser claro, ó acomodado á la inteligencia de la generalidad de las personas; sencillo, pero no desaliñado; grave, pues así lo exige la dignidad del asunto, la del lugar y la de la persona del orador, pero no frio ni monótono; culto y elegante, pero sin afectacion, sin ostentacion de ninguna especie, pues seria altamente reprensible en el predicador la menor sombra de arrogancia ó de mundana vanagloria.

Las verdades que constituyen el fondo de la oratoria sagrada son verdades asequibles á todos los entendimientos; verdades mas prácticas que especulativas. El fin principal del predicador es fortalecer las creencias, comunicar

vigor al sentimiento religioso y moral, encender el amor de Dios y del prójimo, hacer que la religion descienda á las obras, que presida en todos los actos de la vida, que la fe no sea una fe estéril y muerta. En cuanto á la claridad del discurso, debe tenerse presente que si se dirige al literato, se dirige tambien, y con preferencia, á toda clase de personas no ilustradas; pero que tampoco debe repugnar al buen gusto literario por sus formas toscas y descompuestas; que esto seria faltar al decoro y respeto que se merece el elevado ministerio del púlpito, y exponer al ridículo objetos santos y dignos de la veneracion mas profunda. Volumus non solum intelligenter, verum etiam libenter audiri.... illa eloquentia apud eloquentem ecclesiasticum, nec inornata relinquitur, nec indecenter ornatur. (S. Agust., De doct. christ., IV.) La gravedad del púlpito desecha el estilo demasiado familiar, y sobre todo el festivo. Faltaria tambien á la dignidad de su ministerio el orador que para conseguir su noble objeto siguiese caminos escondidos y tortuosos; las verdades evangélicas, sean cuales fueren las circunstancias de los tiempos, deben exponerse con franqueza y á la luz del mediodía. Jamás debe la oratoria sagrada transigir con las preocupaciones y errores del auditorio. Tampoco en el templo de Dios, en la cátedra de la virtud, deben presentarse al desnudo ciertos vicios, cuya viva pintura pudiera ser ofensiva á la castidad v á la inocencia.

§. 619.

Pero lo que mas distingue à la oratoria sagrada es la suavidad de afectos, la penetrante uncion, la ardiente caridad evangélica que la embellecen y animan. El orador sagrado habla à los hermanos de su corazon en nombre de un Dios de amor y de una religion de mansedumbre, que al propio tiempo que releva la dignidad humana, enaltece el sacrificio personal y el martirio. No excitará, por consiguiente, la vanidad, la ambicion, la envidia, la cólera, la venganza, ni ningun afecto que suponga la menor dureza de corazon. Si excita la indignacion contra el vicio, se compadece del malvado, y con lágrimas de afliccion le llama al arrepentimiento. Rarísimas veces sentará bien la ironía en los labios del predicador.

Nada desdice tanto de los humildes sentimientos cristianos como la intolerancia y el furor de que algunos se poseen, movidos por un mal entendido celo religioso. El ódio contra determinadas clases ó personas es indigno de los verdaderos siervos de Jesucristo. Las alusiones políticas, la adulacion servil, todo lo que manifieste apego á los negocios y bienes terrenales, es indecoroso: el buen predicador nunca aparta sus ojos del cielo. §. 620.

Creemos que debe evitarse dar á la oratoria sagrada el carácter profano que, con el mas noble intento, le dan algunos de los mas célebres predicadores franceses, y á imitacion suya, los que tambien mas se distinguen en el púlpito español. Ciertas cuestiones mas son para tratadas en los libros y en los periódicos religiosos que en las pastorales y en los sermones. El estilo debe ser enteramente bíblico, y debe rehuir las formas filosóficas y literarias que trae el viento de la moda, y que miran algunos con demasiada predileccion, deseando atraerse los ánimos con atemperarse al gusto de la época, ó queriéndose limpiar quizás de la nota de preocupados.

Nos ha causado siempre un malísimo efecto oir principiar un sermon con la palabra señores. Tambien nos repugnan en los labios del predicador ciertas frases que estamos acostumbrados á ver todos los dias reproducidas en los artículos de fondo de los diarios políticos ó en las novelas de los folletines. La oratoria sagrada, tanto por lo que respeta á la disposicion general del discurso, como por lo tocante al estilo, ha consagrado ciertas formas, que no conviene abolir, pues contribuyen á darle un carácter mas elevado y augusto. Generalmente se apoya la doctrina del sermon en un texto del Evangelio, con el cual se principia y termina el exordio; se divide la proposicion en tres partes, y se concluye, si la materia lo consiente, con una peroracion viva v animada y una invocacion á Dios, á la Virgen ó á los Santos. No deben prodigarse las subdivisiones didácticas y las citas formales de los Libros Sagrados ó de los Santos Padres. El espíritu del Evangelio ha de ponetrar en el fondo y en el estilo de todo el discurso, y para esto no es necesario ir ensartando textos y mas textos, con expresion fiel de los libros y capítulos de donde están sacados.

§. 621.

En el orador cristiano deben resplandecer las mas altas virtudes evangélicas; no basta que goce de la opinion de hombre de bien, sino que debe ser un vivo ejemplo de la doctrina que predica; no basta que el auditorio no le odie, es preciso que le ame entrañablemente y le venere como á un digno enviado de Jesucristo.

En cuanto à los conocimientos especiales que debe reunir, el de

los Libros Sagrados es el primero y principal, y sigue luego el de los Santos Padres. La Biblia y las obras de los Santos Padres, además de enseñarle la moral, que debe constituir el fondo de sus discursos, contribuirán á formar su gusto literario y su estilo. Las vidas de los Santos y la historia eclesiástica, así como los estudios generales, indispensables á todo orador (§. 551), completarán el tesoro de conocimientos de que no puede prescindir quien aspire á formarse en la oratoria del púlpito una merecida y sólida reputacion. El predicador español debe dedicarse con preferencia al estudio de nuestros ascéticos, en cuyas inspiradas obras ostentan sus galas mas espléndidas la elocuencia y la prosa castellanas.

En cuanto á teoría literaria aplicada especialmente á este género de oratoria, en los tratados de S. Agustin, de Fenelon, de Fr. Luis de Granada, de Mably, de Andissio, de Genoude se encontrará cuanto pueda apetecerse; pero la obra que nos parece mas á propósito para formar el buen gusto es el bellísimo cuadro de la elocuencia de los Santos Padres, debido á la elegante pluma de Villemain.

§. 622.

El panegírico, cuyo nombre se da por antonomasia al elogio de los Santos, y la oracion fúnebre, que no es mas que un panegírico de los hombres ilustres, están sujetos á las mismas reglas. Su objeto es excitar la admiracion hácia lo bueno y santo, ofreciendo un cuadro animado y poético de los grandes hechos y de las grandes virtudes, para que sirvan de ejemplo y estímulo. El panegirista evitará los elogios vagos que no caractericen perfectamente al personaje, y además de presentar los hechos de modo que hieran vivamente la imaginacion y exciten el entusiasmo, procurará que directa ó indirectamente se desprendan lecciones útiles y saludables, reglas generales de conducta, y si es posible, si en la vida del personaje sobresale una virtud, una idea dominante que sea en cierto modo la clave de sus acciones, y por consiguiente, el rasgo mas enérgico de su carácter, hará que esta idea resalte y sea como el centro de gravedad à que tiendan las partes todas de la composicion oratoria. En una palabra, en el panegírico, como en las obras poéticas, lo absoluto, lo indefinido,

lo general, debe hallarse reflejado en lo relativo, en lo finito, en lo particular. Esta circunstancia es la que da un interés siempre vivo á las oraciones fúnebres de Bossuet.

Los defectos en que mas frecuentemente caen los panegiristas son la exageración y la vaguedad; lo primero, creyendo suplir por ese medio el entusiasmo, y lo segundo, por falta de conocimiento profundo del personaje. Muchos recorren todas las buenas cualidades que pueden enaltecer al hombre, llamando à la puerta de cada lugar oratorio; de lo que resulta que leido un elogio, se han leido todos. Otros se complacen en ensalzar las prendas exteriores, como el nacimiento, la hermosura, las dignidades, las riquezas, que nunca deben ser consideradas mas que como simples instrumentos de hacer el bien, y como graves cargas impuestas al hombre por el Criador. Otros, finalmente, incurren en el feo vicio de la adulación, y los mas grandes criminales han tenido tambien sus panegiristas.

§. 623.

El siglo iv de la era cristiana es el siglo de oro de la elocuencia sagrada. Atanasio, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Niza, y sobre todo, S. Basilio y S. Juan Crisóstomo (Boca de Oro), son las principales lumbreras de la Iglesia griega. En la Iglesia latina se distinguieron S. Hilario, S. Ambrosio, S. Jerónimo y S. Agustin, quien, si como orador adolece de algunos de los defectos de su época, es, por otra parte, uno de los ingenios mas vastos y poderosos que han existido. Viviendo estos célebres oradores en una época de agitacion y de perpétuo combate, toma su elocuencia un carácter fogoso y apasionado; sencillo y popular unas veces, elegante y filosófico otras, y en algunas ocasiones político. Jamás la palabra ha ejercido una influencia tan directa en la vida de los pueblos, ni jamás consiguió la elocuencia tan continuos y dificiles triunfos. En el siglo xi, S. Bernardo, digno precursor de S. Francisco de Sáles, de S. Vicente de Paul y de los ilustres predicadores franceses del siglo xvn, renovó las antiguas glorias de la elocuencia cristiana.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia había ido formándose y creciendo la elocuencia cristiana. Pasando en respetuoso silencio las predicaciones de los Apóstoles, llenas del Espíritu de Dios, S. Bernabé, y S. Clemente, papa,

en el primer siglo, y en los siguientes S. Ignacio, obispo de Antioquía, y los apologistas S. Justino, S. Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano y Lactancio, abrieron la senda á los oradores del siglo iv.

§. 624.

A los franceses se debe indisputablemente la palma de la oratoria cristiana. El sublime Bossuet, el enérgico Bourdaloue, el ingenioso Flechier, el dulcísimo Fenelon, el apasionado Massillon, son los príncipes de la elocuencia sagrada verdaderamente clásica. El P. Avila y Fr. Luis de Granada en España, y Antonio Viera en Portugal, son tal vez los únicos predicadores dignos de figurar al lado de tan sobresalientes ingenios. La oratoria del púlpito en España, á pesar de los numerosos sermonarios arrinconados en nuestras bibliotecas, y de los grandes escritores ascéticos y místicos, honra de nuestra literatura, jamás hizo notables adelantamientos, y desde la época de Paravicino entró tan de lleno en la senda del mal gusto, y llegó á un extremo tan lamentable y ridículo, que inspiró al P. Isla la chistosísima y popular obra de Fray Gerundio de Campazas.

Antes de la época de Luis XIV se habian distinguido ya en Francia algunos oradores notables; en el siglo pasado florecieron Neuville, Poulle, Maury y el famoso misionero Bridaine, y en nuestros tiempos Lacordaire, De-Ravignan y el virtuoso Affre se han conquistado una reputacion europea. En Inglaterra John Tillotson y Hugo Blair son los mas notables. En Italia, mas numerosos que en ninguna otra nacion, y eminentes teólogos la mayor parte de ellos, ninguno consiguió extender su reputacion de orador elocuente mas allá de su país ni de su época.

II. - ORATORIA POLITICA.

§. 625.

La oratoria política, por razon de la variedad de asuntos que comprende, es la que mas transformaciones recibe, segun las épocas, el auditorio y las circunstancias, y por lo tanto, la que goza de mayor libertad en la forma, la que menos puede sujetarse á reglas, la que abre mas ancho campo á la individualidad del